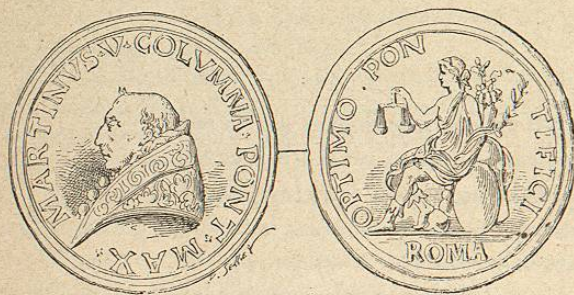


Los ingleses se creían perseguidos por el diablo; su vanidad de conquistadores durante tanto tiempo afortunados, no podía explicarse de otro modo un revés inaudito.

El buen sentido exigía que los franceses se aprovecharan inmediatamente de aquel enloquecimiento del enemigo, y por esto Juana de Arco recomendaba con insistencia al rey que se dirigiera á Reims, diciéndole que, una vez consagrado, sería invencible; pero teniendo en cuenta que las tropas de Talbot ocupaban Meung y Beaugency y que Suffolk estaba posesionado de Jargeau, ¿era conveniente dejar detrás de sí estas fuerzas enemigas? En estas vacilaciones se perdió un mes, dando con ello tiempo á Bedford para organizar un ejército de socorro, cuyo mando confió á Falstaff; y al fin se



Medalla de bronce de Martín V

decidió expulsar ante todo á los ingleses de las orillas del Loira.

En 11 de junio, el ejército de la Doncella, compuesto de mil doscientas lanzas y algunos miles de infantes reclutados en el Orleanés, avanzó hacia Jargeau al mando del duque de Alenzón. El triunfo fué tan grande como rápido: el día 12 Jargeau fué tomada por asalto y Suffolk hecho prisionero, y el 17 capituló Beaugency. Falstaff, temeroso de que le cortaran el camino de París, emprendió la retirada acompañado de Talbot, siendo ambos sorprendidos por el ejército francés en Coinces, cerca de Patay; su retaguardia fué derrotada, y Falstaff, juzgando perdida la partida, se retiró precipitadamente, dejando en poder de los vencedores doscientos prisioneros, entre ellos Talbot. En una carta escrita en 30 de junio en Aviñón, el italiano Juan da Molino, después de haber relatado aquella campaña del Loira, añadía: «Por mediación de esa joven pura y sin tacha Dios ha salvado la parte más bella de la cristiandad, lo cual es ciertamente una gran prueba de nuestra fe, y tengo para mí que este hecho es el más solemne de cuantos han acaecido desde hace quinientos años y de cuantos jamás acaezcan, de tal manera que todos vendrán á adorarla con todos los milagros. ¡Ved cómo podrán resistir los ingleses! Tantos cuantos se le pongan delante para amenazarla, todos caerán en tierra muertos (1).»

El prestigio de los ingleses se había desvanecido: todas las pequeñas guarniciones que tenían colocadas en las cercanías de Orleáns emprendieron la fuga, y en París se hablaba ya de la próxima llegada de Carlos VII. Atribuíanse ingenuamente á la Doncella los proyectos

(1) Carta reproducida por Morosini, lo mismo que las cartas italianas que citaremos más adelante.

más extraordinarios: «La gloriosa Doncella, escribía Juan da Molino, ha declarado al delfín que le daría la conquista de la Tierra Santa y que ella le acompañaría.» Pero ante todo era preciso libertar el reino. Después de muchos días de vacilaciones se acordó el viaje á Reims para celebrar allí la consagración, atravesando para ello un país erizado de fortalezas y de plazas ocupadas por el enemigo. «Ya lo sé, decía Juana refiriéndose á esto último; pero nada de esto me preocupa.» Reunióse fácilmente un ejército de doce mil combatientes, en el que sirvieron como simples arqueros y espaderos los hidalgos demasiado pobres para armarse conforme á su rango, y el 29 de junio de 1429 emprendióse la marcha.

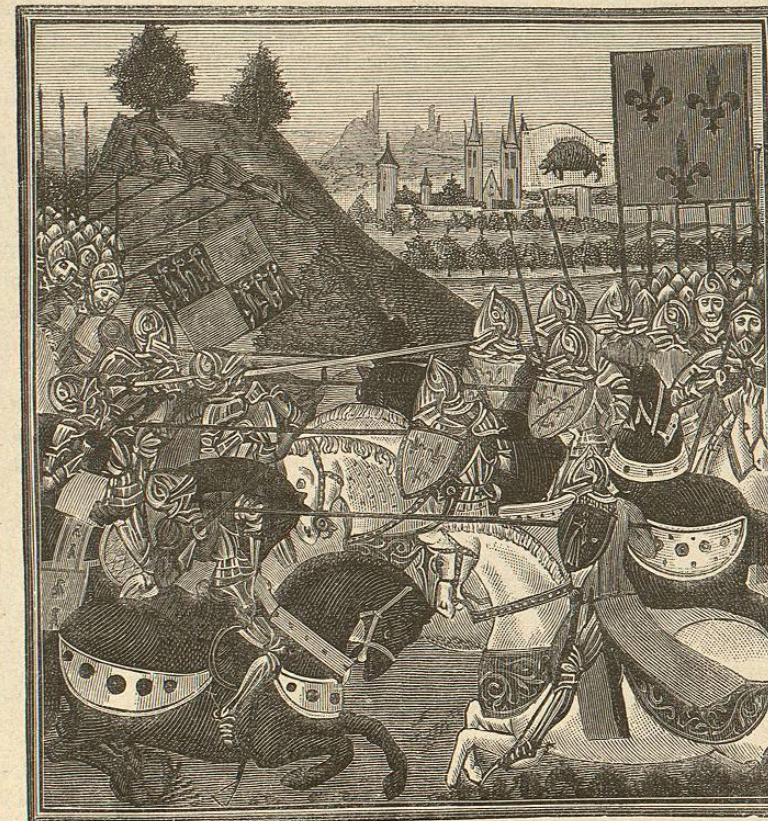
Bedford había agotado todos sus recursos, decidiéndose, en vista de ello, que sirvieran en Francia las tropas reunidas por el obispo de Winchéster para combatir á los hussitas. Quiso además resucitar los antiguos odios borgoñones, y á este efecto se invitó á Felipe el Bueno á que fuese á ver á los parisienses, y se reunió en el palacio una numerosa asamblea para escuchar de nuevo la relación del asesinato de Montereau. El regente escribió al Consejo de Inglaterra que, sin la alianza del duque de Borgoña, «París y todo el resto se iba.»

Entre las grandes ciudades situadas en el camino de Reims, sólo Troyes detuvo algunos días al ejército real. Los habitantes de aquella ciudad estaban, en su mayor parte, afiliados al partido borgoñón, y cuando recibieron un mensaje de la Doncella invitándoles á rendirse, la trataron de «loca endemoniada» y arrojaron su carta al fuego. Muchas familias, sin embargo, profesaban secretamente la causa de Carlos VII, entre ellas la de Juan Leguisé, que hacía poco había sido elegido arzobispo, á pesar de la oposición del regente Bedford; además estaba de paso en Troyes un predicador famoso, el franciscano Richard, que despertaba el entusiasmo de las muchedumbres dondequiera que iba, y que había sido expulsado de París, quizás por sospechas de que simpatizaba con el partido armagnac. Sean cuales fuesen sus ideas políticas, lo cierto es que no podía resistirse al ascendiente de la santa muchacha, que llevaba en su estandarte la divisa de los franciscanos y era considerada como la futura libertadora del Santo Sepulcro. Celebró el tal monje una entrevista con Juana junto á las murallas de Troyes, y cuando entró de nuevo en la ciudad amonestó á los habitantes para que «cumpliesen su deber con el rey.» La amenaza de un asalto decidió por completo á aquellos ciudadanos, quienes firmaron con Carlos VII un tratado en el que se convino que todos sus privilegios serían respetados, que no se les pondría guarnición y que serían libres de comerciar con los súbditos del duque de Borgoña, mediante cuales condiciones en 10 de julio recibieron al rey dentro de sus murallas, mientras los ingleses abandonaban la ciudad.

El 16 hizo Carlos VII su entrada en Reims, y al día siguiente fué consagrado rey de Francia. «Y quien hubiese visto á la dicha Doncella arrodillada abrazando las piernas del rey, besándole el pie y llorando á lágrima viva, la habría compadecido. A muchos les hizo llorar cuando dijo: «Noble rey, ya se ha cumplido la voluntad de Dios que quería que vinierais á Reims á

recibir vuestra digna coronación, demostrando que sois el verdadero rey á quien el reino debe pertenecer.» La noticia de aquel gran acontecimiento, que tenía una importancia moral extraordinaria, se extendió inmediatamente por toda Francia y más allá de sus fronteras, y cuatro días después llegaron unos mensajeros que llevaban á Carlos VII las llaves de la ciudad de Laón. Los colores del partido armagnac reaparecieron en los países del Oise, habiendo sido reconquistados sin gran

vez la pluma para celebrar á la «Doncella por Dios enviada,» y en Alemania é Italia cruzábanse cartas para informarse mutuamente de los triunfos de Juana, disertando sobre ella los doctores y tomando los artistas su historia como asunto para sus cuadros y tapices. El pueblo de Francia la llamaba *la Angélica* y componía canciones «muy maravillosas» en ella inspiradas; mucha gente la veneraba como á una santa, y á la devoción pública se ofrecían figuritas de plomo y estatuillas



Batalla de Patay. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

esfuerzo el Soissonnais, el Valois, el Senlisién, el Beauvaisis y una parte del Parisis. París, defendida por una guarnición de dos mil hombres, parecía estar á merced de cualquier golpe de mano; las ciudades picardas estaban dispuestas á rendirse, y en los mismos Estados del duque de Borgoña renació, por virtud de la consagración, el prestigio de la realeza, como lo prueba el hecho de que, habiendo ido en embajada á Arrás el canciller de Carlos VII, los vasallos de Felipe el Bueno acudieron de todas partes para solicitar de él cartas de gracia ó favores.

Desde que Orleáns había sido libertada, aumentaba la agitación en Normandía. En Cherburgo, los ingleses habían ejecutado, por los mismos días de la consagración, á Felipe le Cat, infeliz músico ambulante, que había intervenido en una conspiración para introducir en la ciudad una partida francesa; en Ruán reanudábanse las conspiraciones, y en toda la provincia recrudecía la guerra de emboscadas, siendo general la creencia de que Carlos VII iba á entrar de un momento á otro en París, desde donde marcharía sobre Ruán.

La gloria de Juana de Arco aumentaba incesantemente. La anciana Cristina de Pisán tomaba por última

vez la pluma para celebrar á la «Doncella por Dios enviada,» y en Alemania é Italia cruzábanse cartas para informarse mutuamente de los triunfos de Juana, disertando sobre ella los doctores y tomando los artistas su historia como asunto para sus cuadros y tapices. El pueblo de Francia la llamaba *la Angélica* y componía canciones «muy maravillosas» en ella inspiradas; mucha gente la veneraba como á una santa, y á la devoción pública se ofrecían figuritas de plomo y estatuillas

(1) Algunos testigos del proceso de rehabilitación de 1456, entre otros el bastardo de Orleáns, afirmaron que la misma Juana de Arco sabía que su misión había terminado en Reims. Supónese que después de la consagración y mientras se dirigía á la Ferté dijo: «¡Quiera Dios, mi Creador, que pueda ahora volver á mi país, abandonando las armas, y servir á mi padre y á mi madre guardando sus rebaños con mi hermana y mis hermanos, que se alegrarán mucho de verme.» (Procès, tomo III, págs. 14-15.) Algunos historiadores se han fundado en esto para mejor determinar la inspiración divina de Juana de Arco, que el fracaso final podía hacer discutible, y aun para justificar en cierto modo al rey: si la Doncella fué al fin vencida, debióse á que Dios la había destinado



V.—*Sufrimientos y captura de la Doncella* (1)

Después del triunfo de la consagración, los que rodeaban á Carlos VII no tenían más que un deseo: reconquistar la Turena y el Poitou, donde se reanudaría la vida de placeres de antaño, lejos de aquellos entusiasmos populares, siempre algo inquietantes, y se continuarían, para hacer la paz con el duque de Borgoña, aquellas tranquilas é interminables negociaciones en las que el arzobispo Reinaldo de Chartres prodigaba tesoros de elocuencia. El mismo día de la consagración Felipe *el Bueno* había enviado una embajada á Carlos VII, á la que siguió una conferencia celebrada en Arrás. Aquellas negociaciones dieron por resultado la desorganización de la ofensiva, y la campaña emprendida después de la salida de Reims fué en extremo incoherente. Dos opiniones prevalecían alternativamente en el Consejo del rey: la Doncella, mientras escribía cartas suplicantes á Felipe *el Bueno* conjurándole á que olvidara el pasado, estaba impaciente por marchar sobre París, en tanto que La Tremoille aconsejaba al rey los medios diplomáticos y el reposo. Las marchas y contramarchas se sucedían según que prevalecía uno ú otro de aquellos dos criterios; pero en definitiva, á las orillas del Loira era adonde poco á poco se acercaba el ejército.

En virtud de ello, Juana de Arco, sin tomar consejo de nadie, partió con su fiel compañero el duque de Alençon y fué á alojarse en 26 de agosto de 1429 en Saint-Denis. Bedford, alarmado por las noticias que de Normandía le comunicaban, acababa de salir de París para dirigirse á Ruán; y los parisienses, convencidos de que los armagnacs iban á exterminarles, se ocultaban en sus casas. A pesar de ello, sólo á viva fuerza consintió Carlos VII en acudir á los repetidos llamamientos del duque de Alençon. El 7 de septiembre llegó á Saint-Denis y al día siguiente las murallas de

únicamente á hacer levantar el sitio de Orleans y consagrar á Carlos VII; y si se consumaron su derrota y su pérdida, no fué por culpa de su rey, sino por su propia resistencia á los decretos de la Providencia. Pero nada puede prevalecer contra los testimonios auténticos de la misma Doncella, la cual en su carta dirigida á los ingleses en 22 de marzo de 1429, les anuncia que ha venido «para arrojarlos fuera de toda Francia,» y además afirma delante de los jueces de Ruán haber dicho al rey que con la ayuda de Dios y por la labor de la Doncella sería dueño de todo su reino (*in integro*). Ningún documento anterior á las derrotas de Juana limita su misión á la liberación de Orleans y á la consagración (véanse las cartas, tratados y documentos diversos editados por Quicherat, y las cartas italianas de 30 de junio, 9 y 16 de julio de 1429, publicadas recientemente en la *Chronique de Morosini*). Finalmente, la confianza que conservó Juana después de la consagración y sus esfuerzos para proseguir la conquista, demuestran que continuaba creyéndose instrumento de Dios; y si pronunció las palabras que el bastardo de Orleans le atribuye, no fué como explosión de un sentimiento profundo, sino por un arranque pasajero. En efecto, tenemos la prueba de que Juana de Arco no quería acabar sus días en Domremy en el hecho de haber alquilado una casa perteneciente al cabildo de Orleans y de haber manifestado su deseo de volver, una vez terminada la guerra, entre sus queridos orleaneses, que tanto la amaban; el arrendamiento de aquella casa había de durar más de sesenta años. (Acta notarial descubierta por M. Doinel: «Mémoires de la Société Archéologique de l'Orléanais,» tomo XV, pág. 495.)

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Además de las citadas anteriormente: Alejo Sorel, *La prise de Jeanne d'Arc devant Compiègne*, 1889.

París fueron asaltadas. Juana fué herida en un muslo, delante de la puerta de San Honorato, y á pesar de sus súplicas suspendióse el asalto; al otro día, Carlos VII prohibió á la Doncella que renovara el ataque. El rey había firmado, en 28 de agosto, con el duque de Borgoña una tregua de cuatro meses, valedera para todas las comarcas situadas á la derecha del Sena, excepto París y las ciudades que formaban paso sobre el río. De este modo se impedía á sí mismo toda empresa en Picardía, en donde los triunfos de Juana de Arco habían sido acogidos con entusiasmo, y reconocía además al duque el derecho de «emplearse él y sus gentes en la defensa de la ciudad de París y de resistir á los que quisieran hacer guerra ó causar daño á la misma.» Parecía como si el rey quisiera asegurarse algunas garantías contra las victorias de la Doncella.

En 13 de septiembre, Carlos VII tomó nuevamente el camino del Loira, y después de una retirada desordenada, licenció el ejército en Gien, retirándose el duque de Alençon á sus tierras y siendo la Doncella retenida en la corte y colmada de honores que no solicitaba. Tratóse solapadamente de suscitarle una rival en una visionaria llamada Catalina de la Rochela, que prometía reconciliar al monarca con el duque de Borgoña. A Juana se le confió un mando militar, pero para operaciones de tercer orden, contra pequeñas plazas fuertes ocupadas por los borgoñones, teniendo sus enemigos la satisfacción de proporcionarle una derrota, cuando, encontrándose sin víveres y sin dinero, hubo de levantar el sitio de Charité-sur-Loire y abandonar su artillería. En el entretanto, el duque de Bedford obtenía de la Cámara de los Comunes subsidios considerables para reanudar la campaña en la siguiente primavera.

La Doncella sentíase apoyada por la confianza popular: los orleaneses la recibían con transportes de alegría y los habitantes de Reims le escribían comunicándole sus inquietudes y sus apuros. Inspiraba conmovedores sacrificios como el de la bretona Pierronne, que fué quemada viva en París por haber dicho que «dama Juana era buena» y que «lo que hacía estaba bien hecho y conforme á Dios,» y se continuaba hablando de ella en toda la cristiandad. Los ortodoxos de Bohemia le pidieron que escribiera una carta á los hussitas amenazándoles con el exterminio si persistían en su herejía (23 de marzo de 1430). Los ingleses seguían dominados por el miedo que la joven les inspiraba, y cuando el Consejo de Enrique VI envió, en la primavera de 1430, un gran ejército, fué preciso adoptar medidas «contra los capitanes y soldados reacios, aterrorizados por los encantamientos de la Doncella.»

A fines de marzo, Juana no pudo contenerse más, y sin despedirse ni demandar consejo al rey, partió con algunos compañeros para Lagny-sur-Marne, en donde «los de la plaza hacían gran guerra á los ingleses de París y de otros sitios.» Era preciso salvar las ciudades que habían rechazado la dominación extranjera y sostener á los armagnacs que esperaban al pie de las murallas una ocasión propicia para dar un golpe de mano. Juana sabía que pocos días antes habían aquéllos estado á punto de entrar en la ciudad, y que ciento cincuenta parisienses acababan de ser detenidos por supuesto delito de traición; supo además que Felipe *el*

*Bueno* había reunido un ejército para recobrar la línea del Oise, y estas noticias, sin desanimarla, turbaron su serenidad, haciéndole presentir su próximo fin: sus voces le anunciaron que sería capturada antes de la Natividad de San Juan Bautista (1).

El 20 de mayo de 1430, Felipe *el Bueno* puso sitio á Compiègne, que, un mes después de la consagración de Carlos VII, había expulsado á su guarnición borgoñona. Compiègne era la llave de las comunicaciones entre Picardía y la Isla de Francia, y desde hacía quince años armagnacs y borgoñones se disputaban la desgraciada ciudad. Estaba ésta mandada por un valiente capitán, Guillermo de Flavy, el cual pensaba realizar

Clermont y de Beauvais. Al Este del reino, las victorias de Juana de Arco habían decidido á Renato de Anjou, heredero del ducado de Bar, á rechazar la soberanía de Enrique VI, de suerte que entre Orleans y el Mosa interponíase entre los dominios y borgoñones una vasta región sometida á Carlos VII. Tal era el resultado de trece meses de campañas que habían sucedido á siete años de derrotas casi continuas.

Esto no obstante, la captura de la Doncella no causó emoción alguna en la corte de Carlos VII: el canciller Reinaldo de Chartres anunció á los habitantes de Reims que Juana había sido hecha prisionera porque «no quería admitir consejos, sino que lo hacía todo á su



Juana de Arco prisionera. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

una hermosa defensa; Juana, sin pedirle su parecer, resolvió ir á socorrerlo: «iré á ver á mis buenos amigos de Compiègne,» dijo; y en efecto entró en la ciudad en 23 de mayo de 1430 al despuntar el alba. A las seis de la tarde de aquel mismo día, de regreso de una salida, cayó en poder del enemigo, y aunque más adelante se acusó á Guillermo Flavy de haber combinado con los anglo-borgoñones la captura de Juana, la verdad es que ésta fué víctima de su arrojo, pues al ver que sus tropas cedían «hizo grandes esfuerzos para evitar la pérdida de su compañía y se quedó la última como jefe y como el más valiente del rebaño.» Cuando quiso ganar el puente levadizo, encontróse rodeada de borgoñones y de ingleses: un arquero picardo agregado á la mesnada del bastardo de Wandonne le arrojó al suelo y se apoderó de ella. Guillermo de Flavy, por otra parte, nada hizo por salvarla: era pariente de Reinaldo de Chartres y recientemente La Tremoille le había empleado secretamente en su servicio.

De este modo, en un pequeño combate sin importancia alguna, terminó la carrera militar de la Doncella. Por el valor y el ascendiente de aquella joven había recobrado Carlos VII el Orleanés, el Vendomois, el Duonois, una gran parte de la Champaña y de la Brie, el Chalonnais, el Remois, el Valois, los condados de

capricho,» y añadió que de todos modos tenía un sustituto, un pastor del Gevaudán enviado por Dios para derrotar á los ingleses (2), «que decía ni más ni menos que lo que había hecho Juana,» de manera que era inútil llorar á la Doncella. Ni siquiera se intentó nada para salvarla: aun prescindiendo de una intervención armada, Carlos VII tenía un medio de libertar á la que le había hecho consagrar rey. Juana era propiedad del obscuro bastardo de Wandonne y de su señor, Juan de Luxemburgo, segundón de escasa fortuna, y como un prisionero era en aquel entonces un objeto de comercio que se podía vender, empeñar y repartir, ningún borgoñón habría podido censurar á Juan de Luxemburgo si se hubiese dejado seducir por los ofrecimientos de Carlos VII. Para lograr la libertad de Juana de Arco, la cuestión estaba, por consiguiente, en poner un precio á la misma: la esposa y la tía de Juan de Luxemburgo habrían favorecido el rescate de la Doncella, de cuya desgracia se compadecían; pero Carlos VII seguramente ni siquiera pensó en ello (3). Hasta en el Delfinado

(2) Aquel pastor, llamado Guillermo de Mende, era un niño de inteligencia débil que tenía alucinaciones. Reinaldo de Chartres le puso en 1431 al frente de un ejército, y habiendo caído en poder de los ingleses, éstos le arrojaron al Sena metido en un saco.

(3) El único texto francamente favorable á la tesis de los eruditos que se han propuesto defender la memoria de Carlos VII, es el siguiente pasaje de la crónica de Morosini: «Oyóse decir, en

(1) Es decir, antes del 24 de junio.